

BREVE HISTORIA DE LA ECLESIOLOGÍA

I. LA ECLESIOLOGÍA DE LOS PADRES

La historia de la Iglesia está mezclada con la historia humana. No se puede comprender una sin la otra.

La Iglesia es un organismo vivo que busca a los hombres en su propio medio, no una estructura estática que permanece inalterable. Y debe seguir en todo momento la suerte de la humanidad para salvarla desde dentro.

Podemos decir que la eclesiología se ha ido construyendo un poco a la defensiva.

Al principio, en la época apostólica, la Iglesia era un pequeño núcleo agrupado alrededor de Jerusalén. Pero al declinar la época apostólica, sobrevino la gran catástrofe que arrancó definitivamente su independencia al pueblo judío.

Privada de su centro de gravedad, ahora agrupada en pequeñas comunidades, corría el peligro de perder el carácter de pueblo único de Dios.

Por otra parte, a la muerte de los apóstoles empezaron a surgir problemas internos, sobre todo de índole dogmático y disciplinar. Estas circunstancias marcan las líneas de fuerza en las que se mueve la eclesiología de los primeros escritores: **UNIDAD** y **UNIVERSALIDAD**.

El fenómeno Iglesia aparece en los autores de ese tiempo como algo excepcional y único, que no se compara con ninguna otra institución. La Iglesia es algo que se multiplica en cada ciudad, en cada aldea, pero que permanece inalterablemente unida en la unidad de la Iglesia universal.

“Clemente Romano es probablemente judío; Policarpo es de Asia; Ignacio es sirio; el pseudo Bernabé es quizá egipcio. Pero todos, con diferentes acentos y reflejando en sus escritos la peculiaridad de sus caracteres, se sienten tan cercanos unos a otros que se definen a sí mismos como hermanos”.

La Iglesia es el conjunto de los fieles reunidos por Jesús y participantes de su misma vida. La Iglesia de Dios que peregrina en Roma escribe a la Iglesia de Dios que peregrina en Corinto.

La Iglesia no está circunscrita a los límites territoriales de una ciudad. Al contrario, todas las iglesias locales se abrazan en una única comunidad de sentimientos, de amor y de vida.

1. La unidad de la Iglesia en Ignacio de Antioquía¹

¹ San Ignacio (+ 110 d.C. aprox.), segundo sucesor de San Pedro en la sede de Antioquía, martirizado durante el reinado del emperador Trajano. En camino a Roma, escribió siete cartas que constituyen un valiosísimo testimonio, tanto por su antigüedad como por su contenido. Es uno de los llamados «Padres Apostólicos». La tradición atestigua que Ignacio fue oyente de la predicación del apóstol Juan.

“*Allí donde está Cristo, está la Iglesia Católica*”. Ignacio reflexiona sobre el mensaje del Nuevo Testamento en orden a la unidad. Hace una síntesis entre el pensamiento de Pablo y el de Juan.

Juan es el evangelista de la unidad. Insiste más en el aspecto invisible y vital que en la función de la jerarquía. Pablo, en cambio, sobre todo en sus últimas cartas, se muestra más preocupado por el aspecto de la organización eclesial, como garantía de la unidad. Ignacio explica el uno por el otro.

a. Unidad interior

Para Ignacio, como para Juan, la unidad de la Iglesia es eminentemente interna y sobrenatural, porque radica en la vida de Cristo. Jesucristo es la norma y la fuente de la unidad de la Iglesia. La Iglesia es una porque una es la carne de Cristo.

b. Unidad visible

La unidad espiritual e invisible de la Iglesia requiere su manifestación visible y experimental. No se trata de dos realidades distintas, sino de una misma realidad, que es a la vez corporal y espiritual. La primera (la corporal) es armadura de la segunda (espiritual).

La unidad interior de la Iglesia se hace visible de muchos modos. Una de ellas es por la oración común, principalmente en la Eucaristía.

La unidad visible de la celebración eucarística con el obispo era para Ignacio la manifestación más convincente de la unidad de la Iglesia.

“No os equivoquéis, hermanos míos. Si alguno sigue al que promueve el cisma, no heredará el seno de Dios. Si alguno camina con arreglo a otra doctrina, no está de acuerdo con la pasión”.

c. Unidad jerárquica

El presbiterio, con el obispo, es la garantía visible de esa unidad tan querida por el Padre:

“Conviene que vosotros os conforméis con el sentir del obispo, como realmente lo hacéis. Porque vuestro memorable presbiterio, digno de Dios, está adaptado al obispo de la misma manera que las cuerdas a la cítara. Por esto es cantado Cristo en vuestra armonía y unánime caridad”.

Para Ignacio, el que hace algo a espaldas del obispo y del colegio de los presbíteros no puede llamarse cristiano.

2. La unidad en la eclesiología de Clemente Romano²

² San Clemente, obispo de Roma en los últimos años del siglo I, es el tercer sucesor de Pedro. La autoridad y el prestigio de este Obispo de Roma eran tan grandes, que se le atribuyeron varios escritos, pero su única obra segura es la Carta a los Corintios. La intervención de san Clemente —estamos todavía en el siglo I— era requerida por los graves problemas por los que atravesaba la Iglesia de Corinto: en efecto, los presbíteros de la comunidad habían sido destituidos por algunos jóvenes contestadores.

La reflexión eclesiológica de Clemente se debe a un hecho histórico que tuvo lugar en Corinto: la deposición injusta de unos presbíteros por la asamblea de los fieles.

Esta situación obligó a Clemente a reflexionar sobre la naturaleza de la Iglesia. La respuesta la encontró en la institución divina de la jerarquía apostólica y en la ley de sucesión:

“Cristo fue enviado por Dios; los apóstoles, por Cristo... Los apóstoles... dieron el orden de que cuando ellos murieran se hicieran cargo de su ministerio otros hombres probados. Por consiguiente, los que ellos instalaron o fueron instalados después por otros hombres conforme al sentir de la Iglesia, creemos que en justicia no pueden ser destituidos de su cargo litúrgico. Máxime, habiendo servido al rebaño de Cristo santamente con humildad, paz y con desprendimiento, y teniendo en su haber un magnífico testimonio prolongado por largo tiempo”.

Según esto, la Iglesia mantiene su unidad sobre una base jurídica que Cristo determinó. Puede compararse a la cohesión de las legiones romanas: “Consideremos los soldados que sirven bajo nuestros jefes. Qué disciplina. Qué docilidad. Cada uno ejecuta en su rango las órdenes del emperador o de sus jefes. Los grandes no pueden existir sin los pequeños, ni los pequeños sin los grandes”.

Luego, Clemente usa la comparación del cuerpo humano: “Tomemos nuestro cuerpo: la cabeza no puede nada sin los pies, y lo mismo los pies sin la cabeza”.

Su preocupación es la unidad. La unidad de la Iglesia viene de Dios y se realiza en el Cuerpo de Cristo. Cristo es el molde en el que han de configurarse los elegidos de Dios. Clemente es el primero de los escritores apostólicos que menciona la acción del Espíritu Santo como principio santificador de la Iglesia.

3. El caso del Pastor de Hermas³

La eclesiología de Hermas podría definirse como de tendencia carismática. Refleja el ambiente de la iglesia romana de mediados del siglo II.

Es un reformador que predica la penitencia y la purificación de la Iglesia desde su lugar de cristiano. Carece de formación teológica, pero posee la frescura de su espíritu vivo y de su amor a la Iglesia.

La Iglesia es, para Hermas, el centro del universo y la razón última de la existencia de la creación. Es construida sobre las aguas (del bautismo) y cimentada en la Palabra de Dios y en la virtud invisible del Señor. Edificada sobre la roca y sobre la puerta, símbolos del Hijo

³ El «Pastor de Hermas» es un libro que fue muy apreciado en la primitiva Iglesia, hasta el punto de que algunos Padres llegaron a considerarlo como canónico. Fue compuesto por un tal Hermas, en la ciudad de Roma, entre los años 141 a 155. Es el escrito más largo de la época post-apostólica.

El libro refleja el estado de la cristiandad romana a mediados del siglo II. Junto a cristianos fervorosos, había muchos tibios; junto a los santos, no faltaban los pecadores, y esto en todos los niveles de la Iglesia, desde los simples fieles a los ministros sagrados. No es de extrañar, pues, que el libro gire en torno a la necesidad de la penitencia.

de Dios. Pero entre la roca, la puerta y la torre (la Iglesia) hay una unión tan estrecha, que todo ello forma un solo bloque, porque todos los que han creído en el Señor forman un solo cuerpo y un solo espíritu.

Para Hermas, la Iglesia es la congregación de los santos y los justos. Y eso es lo que él quisiera como reformador y predicador de la penitencia. Reforma y penitencia que debe comenzar por los miembros de la jerarquía.

El Pastor reconoce a la jerarquía, pero da más importancia a los dones que el Espíritu Santo comunica a los hombres de Dios. Claro que puede haber dones ilusorios y falsos, y dones auténticos de Dios; lo cual requiere un gran discernimiento para identificarlos.

4. Unidad y Eucaristía

Para los Padres Apostólicos la Iglesia era una realidad intensamente vivida. La Iglesia es, ante todo y primariamente, la asamblea eucarística local. Allá donde hay un obispo con sus sacerdotes y diáconos, que alimentan una comunidad de fe, que oran en común, que reciben el cuerpo de Cristo, ahí se realiza la Iglesia Universal.

5. Unidad dentro de la variedad

La unidad no quiere decir uniformidad. La Iglesia exige una gran renuncia para entrar en su seno: la muerte al pecado, para vivir la vida de Cristo.

La Iglesia de esa época se organizaba en todas partes conforme a un modelo único, sobre la base de los ministerios estables que se confieren mediante la imposición de manos. Obispos, presbíteros y diáconos sirven, como fieles ministros, a la unidad de la Iglesia en la transmisión de la fe, en la liturgia eucarística y en la vigilancia sobre la marcha de las comunidades.

a. Los carismas

La existencia de ministerios estables y universalmente uniformes no mata la diversidad de modalidades que en cada iglesia particular toma la vida cristiana. Porque el Espíritu de Dios, que sopla donde quiere ha suscitado en la historia de la Iglesia formas nuevas de vivir las exigencias del Evangelio: monjes, eremitas, vírgenes consagradas a la oración. Junto al carisma estable del ministerio, siempre ha existido el carisma espontáneo y libre, que manifiesta la riqueza interior de la Iglesia, en servicio del Cuerpo entero y de la humanidad.

b. La raíz del carisma

Si hay algo esencial en la Iglesia, es la presencia del Espíritu en ella. Si Clemente interviene en Corinto no es que pretenda apagar el carisma, sino decir una palabra justa para reprimir un falso carisma o para ordenar un carisma incontrolado.

c. Tensión entre el carisma y el ministerio

Para los Padres primitivos no hay más que una sola Iglesia de Cristo: la fundada sobre los apóstoles y sus sucesores, los obispos. Naturalmente hubo, y seguirá habiendo, tensiones entre el dinamismo del carisma y el dinamismo del ministerio estable. La

Iglesia primitiva se inclinó a conferir el ministerio estable a aquellos que estaban dotados de dones carismáticos.

Es imposible, en principio, la oposición entre la institución y el carisma, porque el alma de ambos es el Espíritu de unidad.

6. La paz constantiniana

El emperador Constantino⁴, buscando la unidad del imperio, instituyó a la Iglesia Católica como la religión oficial. Con el edicto de Milán, en el año 313 dC.

Con la paz constantiniana se creó una situación nueva en la Iglesia. Expulsada del mundo, perseguida cruelmente, la Iglesia de los comienzos era una comunidad de proscritos que esperaban la vida futura, mientras se jugaban en cada instante la vida presente.

Esta situación no admitía términos medios, porque el cristianismo no era ningún seguro social, sino todo lo contrario.

Si la fe no actuaba de una manera firme y eficaz, el cristianismo no ofrecía ninguna ventaja para el hombre. Si no se era cristiano convencido, simplemente no se podía ser cristiano.

Con la paz constantiniana todo cambia. El cristianismo proscrito pasa a ser un cristianismo oficial; el cristianismo apartado del mundo pasa a ser un elemento importante dentro del mundo y de la sociedad. Con ello se pasó de un cristianismo de convencidos y practicantes a un cristianismo de multitud. Este cristianismo multitudinario se afianzó con la práctica, que pronto se generalizó, de bautizar a los niños antes de que pudieran tomar una decisión personal y consciente.

Este cambio tuvo repercusiones al interno de la Iglesia, prolongándose a través de la Edad Media, en incluso en nuestros días.

San Agustín⁵

⁴ Emperador del Imperio Romano desde el año 306 al 337 dC. Hijo de un oficial griego, Constancio Cloro, que el año 305 fue nombrado Augusto a la vez que Galerio, y de una mujer que llegaría a ser santa, Helena.

Constantino llevó a cabo numerosas reformas de tipo administrativo, militar y económico, pero donde más destacó fue en las disposiciones político- religiosas, y en primer lugar las que iban encaminadas a la cristianización del imperio.

Promovió estructuras adecuadas para conservar la unidad de la Iglesia, como modo de preservar la unidad del estado y legitimar su configuración monárquica. Para defender la unidad de la Iglesia luchó contra el cisma causado por los donatistas en el norte de África y convocó el Concilio de Nicea para resolver la controversia trinitaria originada por Arrio.

El 330 cambió la capital del imperio de Roma a Bizancio, que llamó Constantinopla, lo que supuso una ruptura con la tradición, a pesar de querer enfatizar el aspecto de capital cristiana.

⁵ Nació en Tagaste, en la provincia de Numidia, en el África romana, el 13 de noviembre del año 354. Era hijo de Patricio, un pagano que después fue catecúmeno, y de Mónica, cristiana fervorosa.

<http://multimedia.opusdei.org/pdf/es/preguntas/51.pdf>

http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/audiencias/2008/documents/hf_ben-xvi_aud_20080109.html

San Agustín merece unas líneas aparte por la influencia que ejerció su obra en la eclesiología posterior a él. De hecho, algunas de sus formulaciones fueron definitivas y de ellas vivió la eclesiología de la Edad Media. Aquí algunas de las fundamentales:

- a) Su teología sobre *la catolicidad*. En contraste con las sectas o los grupos de Donato, la verdadera Iglesia es la Católica, a la que concibe como una comunión universal tan amplia como el mundo entero.
- b) Su eclesiología del *Cuerpo místico*. La Iglesia es el Cristo total, cabeza y miembros. Entendiendo que los miembros son todos aquellos que viven de la gracia de Cristo, desde el justo Abel hasta el último de los elegidos.
- c) El sacerdocio –o el ministerio– es un servicio de Cristo, y no una potestad propia. A propósito de que la Iglesia no es solamente la congregación de los justos, en sus controversias con los donatistas⁶ defiende que en la Iglesia de este mundo están mezclados justos y pecadores. Por consiguiente, los sacramentos de la Iglesia son válidos aun cuando estén administrados por un ministro carente de la gracia: “Pedro bautiza, es Cristo el que bautiza... Judas bautiza, es Cristo el que bautiza”. Ni Pedro ni Judas comunican la gracia propia, sino la de Cristo. Aunque en otro momento también afirma que son propiamente los justos quienes forman el Cuerpo de Cristo; los pecadores lo forman sólo exterior y corporalmente.
- d) La única unidad a la que está prometido el Espíritu está en la comunión con los legítimos pastores. Agustín da una importancia excepcional a las iglesias apostólicas, y entre ellas a la sede de Pedro, en la que está como personificada la Iglesia universal.

Collantes Justo, LA IGLESIA DE LA PALABRA I, BAC, Madrid 1972.

⁶ Herejía y cisma promovido por el obispo nor-africano, Donato. La herejía donatista tuvo su origen en la reacción de algunos obispos pertenecientes a la Iglesia del norte de África ante las persecuciones llevadas a cabo por las autoridades imperiales a principios del s. IV (303-305). Su doctrina era demasiado simple; sostenían que la Iglesia visible está compuesta solamente de justos y santos y que los sacramentos son inválidos si se administran por un ministro indigno.